

EL DIÁLOGO DE LAS LENGUAS
Y MIGUEL DE CERVANTES

Aurora Egido

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Erasmus y la Torre de Babel. La búsqueda de la lengua perfecta	17
Cervantes frente a Babel (<i>Don Quijote I</i>)	47
El diálogo de las lenguas en la Segunda Parte del <i>Quijote</i>	67
Don Quijote habla toscano	101
Las voces del <i>Persiles</i>	113

PRÓLOGO

Una de las lecciones humanísticas más relevantes del *Quijote* tal vez sea aquella donde se sustenta que «La discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso». Su autor había aprendido de Horacio que es en el uso común donde reside la fuerza del hablar y del escribir bien. Miguel de Cervantes llevó la discreción lingüística a los últimos extremos en lo referido a la capacidad comunicativa de las lenguas y al uso literario de las mismas. No en vano fue un viajero incansable por los caminos de España y Portugal, donde se encontró con gentes de distinto origen que hablaban lenguas diferentes, al igual que le ocurrió en su trasiego por Italia, África y el convulso Mediterráneo. Esa experiencia vital le sirvió sin duda no solo para asumir la variedad del español hablado a lo largo y a lo ancho de la península, sino su contacto con otras lenguas y culturas.

En el terreno de las teorías lingüísticas, las de Cervantes, que leía, como se dice en el *Quijote* I, 9, hasta los papeles rotos de las calles, tuvieron un buen referente en el *Diálogo de las lenguas. Tratado de la discreción*, obra de su amigo Damasio de Frías, cuyo título abría nuevos caminos al plurilingüismo, ampliando el mensaje singular de Juan de Valdés en su famoso *Diálogo de la lengua*. Dicho proceso, como veremos más adelante, lo había plasmado ya Sperone Speroni en su *Dialogo delle lingue*, donde consideró que el italiano era un idioma capaz de transmitir los más altos pensamientos, propiciando así el prestigio de las lenguas vernáculas y planteando los problemas relativos a la comunicación entre unas y otras. Asentada la ca-

pacidad de las lenguas romances en igualdad con el latín, el diálogo entre ellas ofrecía, para los escritores del Renacimiento, numerosas posibilidades respecto a un debate que se enriquecía con las traducciones y con la enseñanza de idiomas a través de nuevas gramáticas y vocabularios.

En ese sentido, Cervantes contribuyó sobremanera a la hora de romper con el maleficio de Babel y con el tópico de la lengua perfecta. Pues si el primero iba unido al pecado de soberbia, que él denunció siempre, el segundo lo incardinó en un planteamiento heredado de Erasmo en su tratado *De lingua* (1515). Este, como veremos, fue traducido al español en 1533 por Bernardo Pérez de Chinchón, quien, ya desde el prólogo, planteó toda una defensa del castellano. De ahí que recojamos al principio de este libro un capítulo dedicado a dichos planteamientos, pues Cervantes conocía perfectamente cuanto suponía el predicado erasmista de una lengua universal, que podía reflejar en cualquier idioma la fe y la moral cristianas. Pero él no planteó esas cuestiones a nivel exclusivamente teórico, sino que, como hizo con la caballería andante, las sometió a la prueba de la realidad literaria; y, en esta, todo se transforma, alcanzando nuevos relieves.

Cervantes superó con creces los planteamientos lingüísticos de las novelas de su tiempo, trasladando cuanto habían expuesto los cronistas de Indias sobre el español y las lenguas de América, y se ocupó también de los orígenes y de la identificación entre lengua, nación, raza y religión. Aparte del teatro, donde afloran diversas lenguas, particularmente en las comedias de cautivos, la maestría de sus diálogos novelísticos se elevó muy por encima de la de otros escritores, partiendo siempre del concepto humanístico de la dignidad de la lengua como fundamento esencial de la dignidad del hombre. Ello se ve particularmente en el *Coloquio de los perros*, donde la perspectiva animal revertía los parámetros dialogales para someter la verdad a un nuevo e inédito escrutinio.

Cervantes contribuyó además a la dignificación del castellano no solo a través de sus obras, sino con la construcción de un panteón de autores de España y América que habían situado la literatura en español a la altura de los clásicos, como muestran el «Canto de Calíope» o el *Viaje del Parnaso*. Y lo hizo de tal modo, que, con el correr de los siglos, consiguió que hablemos del español como de la lengua de Cervantes, adueñándose así de ese reino de Candaya, que heredaría en el *Quijote* la infanta Antonomasia.

Librada ya la batalla de las lenguas vulgares frente al latín, Cervantes emprendió, junto a otros muchos escritores, la que había que ganar con la literatura, situando la española a la altura de las clásicas y en competencia con Italia. Sus obras, desde *La Galatea* al *Persiles*, muestran una dialéctica viva entre las lenguas, además de ofrecer, en el caso de la española, las posibilidades que esta ofrecía en todos los planos del habla y de la escritura, tanto en el territorio sociológico y psicológico, como en el religioso, cultural e histórico, ahondando además en la riqueza de la traducción.

A este respecto, en las páginas que siguen, más allá del predicado erasmista al que ya hemos aludido, nos adentramos fundamentalmente en el *Quijote* y en el *Persiles*, donde Cervantes profundizó en la singularidad y pluralidad de las lenguas, aunque todo lo hiciera, claro está, a través de la española. Ya en la primera parte del *Quijote* las cuestiones de las lenguas en contacto y el tratamiento del griego, el hebreo y el latín están presentes desde sus primeras páginas. Pero a Cervantes le atrajo en particular el árabe, que, a fin de cuentas, proporciona la invención de Cide Hamete Benengeli; un autor cuya obra conoce el narrador a través de un morisco aljamiado que se la traduce. No es extraño sin embargo que sea en la segunda parte del *Quijote* donde el círculo se amplíe, ahondando en dichas cuestiones y en lo relativo a la traducción y al plurilingüismo. Sobre todo, cuando los protagonistas realizan el viaje a Barcelona, pues es a través de ese itinerario donde aflora un mayor número de lenguas en contacto, al encontrarse don Quijote y Sancho con otros muchos viandantes que van o vuelven desde o hasta otros lugares de Europa y África.

Pero el esfuerzo mayor lo llevaría a cabo en los *Trabajos de Persiles y Sigismunda*, dado el largo recorrido que Periandro y Auristela realizan desde las tierras septentrionales hasta Roma, pasando por otros muchos lugares. En esa su última obra, Cervantes plasmó no solo una idea de universalidad ligada al español, sino su relación con otras lenguas y culturas, ahondando además en la necesidad de intérpretes para darse a entender, incluso sirviéndose del lenguaje de los gestos.

En el episodio lisboeta del *Persiles*, como hemos mostrado en el libro *Por el gusto de leer a Cervantes* (Sevilla, Fundación Lara, 2018), trató además de invertir los términos supuestos por la llegada de Colón a América, haciendo que los peregrinos entonaran ante la costa portuguesa, en lugar del famoso «¡Tierra, tierra!», un «¡Cielo, cielo!» que simbolizaba la llegada

a tierras cristianas. De este modo, se marcaba el nuevo rumbo de un itinerario que traía a las costas de Europa una tropa peregrina de salvajes, semi-salvajes y cristianos provenientes del septentrión, que caminaban a Roma, cabeza del mundo en lo religioso y cultural. Claro que la ciudad papal, como ocurría en otras partes, estaba llena de personajes viciosos, demostrando que el bien y el mal, parejo al uso que se haga de las lenguas, son patrimonio de quienes los practican y no cuestión de raza o procedencia.

Que el *Persiles* se sitúe en la época del emperador Carlos V no es asunto baladí, pues Cervantes conocía muy bien que con él se había circunvalado el mundo y había culminado la obra iniciada por los Reyes Católicos, luego proseguida por sus sucesores. Recordemos que, en 1609, tras la conquista de las islas Molucas, Bartolomé Leonardo de Argensola publicó una obra en la que daba cuenta de los enfrentamientos entre españoles y portugueses, que se iniciaron con el viaje de Colón a América. Ni la bula *Inter caetera* de 1493, ni el Tratado de Tordesillas de 1494 consiguieron, como es bien sabido, zanjar el reparto de tierras surgido de la conquista del Nuevo Mundo. Ello desencadenó una larga batalla con los derechos de Portugal por las tierras descubiertas posteriormente, según señaló Juan Gil en *Mitos y utopías del descubrimiento: II El Pacífico* (Madrid, Alianza Editorial, 1989), quien habló de que los exploradores de las Molucas no solo se movían por la búsqueda del estimado clavo, sino por la del oro. Y, en ese camino, tan vinculado al poder económico, la religión ocupó un papel esencial, que afectó también, en el plano lingüístico, a los nombres de los barcos con los que se llevaban a cabo los descubrimientos (casi un santoral). Y otro tanto ocurrió con la nueva toponimia, que cambiaba la originaria de los lugares e islas conquistadas, sin olvidar los nombres propios que iban adquiriendo los recién bautizados. En ese y otros sentidos, *La conquista de las islas Malucas* (Madrid, Polifemo, 2009) de Bartolomé Leonardo de Argensola contiene no pocos puntos de contacto con el *Persiles*, pero también con el ideal de una lengua compañera del imperio y de la religión, y hasta con las referencias a las islas nevadas o a las cruces que los conquistadores iban clavando como señal en las islas descubiertas.

Se trataba, tanto en el plano literario como en el político y religioso, de una empresa vinculada a una monarquía universal en la que también se implicó América. Así lo demuestran las numerosas expediciones a occidente emprendidas desde México, caso de la llevada a cabo por Ruy López de